

## Centenario Gustavo Bueno

**Pedro de Silva Cienfuegos-Jovellanos.** Abogado, escritor y político (Asturias, España). Presidente de Honor de las Jornadas de Homenaje a Gustavo Bueno

Gracias por haberme llamado a presidir honorariamente estas jornadas. Es un privilegio que ni merezco ni estoy a la altura de cumplimentar; pero me uno de todo corazón a este homenaje, y quiero explicar por qué.

Empecé a saber de Gustavo Bueno siendo yo algo más joven que ahora, pongamos a mediados de los 60 del pasado siglo. La gente de mi generación hablaba de él admirativamente por dos cosas: su genialidad como filósofo y su compromiso político con la izquierda (la derecha no se ocupaba de esas cosas) en la lucha por las libertades. Esto segundo hacía de él absoluta *rara avis* en la Universidad de Oviedo. Luego supe más de él sobre todo por sus discípulos (Juan Cueto en especial) y por alguna lectura, juraría que la primera *Etnología y utopía*, en 1971. Más tarde tendríamos una relación intermitente y afectuosa, él publicó en Pentalfa una colección mía de ensayos dialogados sobre Asturias (*El Druida en el Bosque*), hizo un extenso prólogo a mi ensayo *Miseria de la novedad*, intervino en la presentación de la primera novela firmada con mi nombre, me comentaba mis breves en *La Nueva España* (a los que denominaba «un minuto de filosofía»), yo presenté libros suyos, como *El mito de la cultura*, y le rendí visita *ad limina* en Niembro, donde me mostró el bosque de Nemi, del que a la sazón era guardián. Se quiera ver como se quiera ver, fue la historia de una respetuosa amistad, discontinua pero sentida, al menos para mí, por la que le he estado agradecido siempre.

Pero no estoy aquí para darle las gracias por eso, aunque de paso, ya que aquí estoy, se las dé, sino para reconocer su labor como filósofo, a través de la que ha enseñado a pensar de raíz (o sea, filosóficamente) a miles de alumnos y a decenas o cientos de miles de lectores, pues no es posible escucharle (al menos en sede académica) ni leer sus obras sin obligar a las neuronas del cerebro, tan perezosas como toda célula, a dejar su zona de confort y ponerse a entablar sinapsis, dejando además un incómodo ardor —el de toda digestión inconcluyente— que nos pide larga rumia.

Su discurso filosófico es tan certero (en el sentido de acertar en su blanco) y de expresión tan perfecta el lenguaje («único modo disponible de conexión intersubjetiva») que lo desborda y recrece.

Pero es admirable sobre todo el empeño en devolver un espacio propio a la filosofía, evitando que se disuelva primero en nihilismo y luego en el absolutamente necesario pero absolutamente insuficiente libro de instrucciones de la ética. Su idea espacial, geométrica, del pensamiento categorial, haciendo de éste un dominio casi cartográfico —un territorio que a la vez va parcelando en campos— es un modo de asentar en el suelo el pensar y volverlo materia de su materialismo, pero también de proclamar el fuero filosófico; sus formidables triangulaciones, como la del espacio antropológico en sus tres ejes, o la del espacio gnoseológico en sus tres constituyentes, van ocupando operativamente el espacio demarcado; la taxidermia implacable de los tejidos filosóficos que considera inertes dan paso a una nueva taxonomía, la suya, alimentada de aquel soberbio dominio del lenguaje, un territorio que jalona al recrearlo. Pero la intención, el diseño, del cierre categorial, no es otra que defender el campo de la filosofía, encerrando a las ciencias en sus corrales para que no ahoguen los dominios del pensar de los humanos que nos ha constituido como tales, en un titánico esfuerzo por salvarlo, poniendo de forma categórica en su sitio a las ciencias, igual que hizo con las religiones de todas las clases: las del mismísimo Dios en *El animal divino*, o las *Cuestiones cuodlibetales*, y la de los hombres en *El mito de la cultura*.

Y en fin, ese modo de separar la cabellera en mechones, después cada mechón en cabellos, dando nombre propio a cada uno, para luego cortar cada cabello en laminillas, haciéndose nuevas preguntas y respondiéndolas a golpe de escalpelo —mientras nos va dejando atrás, sin resuello— es por sí misma una gimnasia portentosa para el conocimiento, pues conocer es separar y volver a juntar, para así comprender.

Gracias también por eso, don Gustavo. Y por haberlo hecho siempre desde Asturias, comprometido con esta patria querida que lo había adoptado; comprometido incluso para incomodarla, cuando —a veces con razón y otras sin ella— se creyó en la obligación.

## Referencias

- Bueno, Gustavo (1971), *Etnología y utopía: respuesta a la pregunta: ¿qué es la Etnología?* Valencia, Las ediciones de los Papeles de Son Armadans. Col. Azanca, 1.
- Bueno, Gustavo (1985), *El animal divino. Ensayo de una filosofía materialista de la religión*. Oviedo, Pentalfa.
- Bueno, Gustavo (1989), *Cuestiones cuodlibetales sobre Dios y la religión*. Madrid, Mondadori. Col. Enfoques, 9.
- Bueno, Gustavo (1996), *El mito de la cultura*. Barcelona, Prensa Ibérica.
- Diviciacos (1991), *El Druida en el bosque* (Pedro de Silva, prólg.). Oviedo, Pentalfa. Biblioteca Asturianista.
- Silva, Pedro de (1993), *Miseria de la novedad (el demiurgo en crisis)*, (Gustavo Bueno, prólg.). Oviedo, Nobel.

